

AGRESORES Y VÍCTIMAS, ACTITUDES DE AGRESOR Y ACTITUDES DE VÍCTIMA

Por lo tanto, la pregunta decisiva es: ¿Cómo se vuelve una persona un agresor, cómo se vuelve una víctima? Uno se vuelve un agresor si causa a otra persona un daño grave físico o psíquico o ambos al mismo tiempo. Se es agresor, por ejemplo, en un accidente de tráfico si se hiere a otra persona a la que se convierte en víctima. Este suceso tiene que ser superado tanto por el agresor como por la víctima. El agresor tiene que dejar de causar daño a la otra persona y la víctima tiene que arreglárselas con el hecho de haber sido herida. Ambos tienen que enfrentarse mutuamente.

Para superar correctamente el suceso, es necesario:

- aclarar la cuestión de la culpa;
- reconocer las responsabilidades;
- compensar los daños sufridos.

Si el agresor y la víctima se ponen de acuerdo sobre todos estos puntos, tras un cierto tiempo, pueden pasar página respecto a lo sucedido. La víctima tendrá que cargar con el daño, probablemente, toda su vida si, por ejemplo, perdió un ojo en el accidente. Seguramente, el agresor recordará toda su vida que le causó un daño permanente a una persona. Pero, para que el hecho vaya cayendo en el olvido poco a poco, la víctima no debe tener sed de venganza ni el agresor albergar pensamientos de expiación. De esta forma, ambos evitan quedarse atrapados en un estado de víctima y de agresor, respectivamente, de forma permanente.

En cambio, si la clarificación de los tres puntos arriba mencionados no es posible, existe un riesgo elevado de que el agresor se mantenga en un estado de agresor y la víctima en un estado de víctima. En esa situación, hay una gran probabilidad de desarrollar actitudes de agresor y de víctima.

Una persona que haya causado daños a otro toma una actitud de agresor si:

- niega su responsabilidad y culpa en el suceso;
- percibe el hecho como justificado;
- se siente forzado y empujado a actuar de esa manera;
- no ofrece una compensación por los daños a la víctima;
- culpa exclusivamente a la víctima de lo ocurrido;
- no tiene empatía con la víctima.

Por otro lado, una persona desarrolla una actitud de víctima a través de las siguientes características:

- guarda silencio sobre el suceso, no lo comparte con otros;

- se culpabiliza exclusivamente o asume injustamente una parte de la culpa del acto;
- percibe como justificado el hecho de haber sido una víctima;
- no exige al agresor una compensación por los daños;
- se avergüenza de haber sufrido los daños;
- protege al agresor, reprime sus actos o los minimiza.

Por tanto, no son sólo los agresores los que quieren liberarse de su responsabilidad y que, por eso, suelen cubrirse entre sí. Sobre todo, son las víctimas las que, por miedo a los agresores y porque son dependientes de estos, no se atreven a hablar abiertamente de las agresiones e impedirles continuar con sus acciones.

El que una víctima se mantenga en el rol de víctima depende también de cuánto control ejerza aún el agresor sobre ella o que exista alguien que ayude y apoye a la persona que sufrió el daño, para que no sea empujada constantemente al rol de víctima. Esto significa que el que una persona pueda evitar entrar en el rol de víctima y quedarse atrapada en él a la larga también depende de las reacciones del entorno.

Hay personas que, por ejemplo, mediante una forma concreta de diagnóstico psiquiátrico y psicológico, son llevadas injustamente al rol de agresor y luego, a través del tipo de tratamiento, son mantenidas en el rol de víctima. Si a una niña que no come nada, se le diagnostica “anorexia”, ocurre lo siguiente:

- Se la define como una persona enferma, ya que, a través de la observación de que rechaza comer, se crea una categoría de enfermedad, la “anorexia”.
- Al aislar el comportamiento de rechazo de la comida de sus causas, se la culpa, al fin y al cabo, de no comportarse de una manera presuntamente “normal”.
- En este tipo de diagnóstico se obtiene la justificación para obligar a la niña a comer “normal” y, en su caso, para alimentarla por la fuerza.

Sin embargo, si sabemos que el que una niña se niegue a comer es, en muchos casos, su reacción al rechazo y a la falta de cariño por parte de su madre traumatizada y a la violencia y al abuso sexual por parte de su padre traumatizado, queda patente lo absurdo de esta forma de diagnóstico que afirma que esta niña es “adicta” a ser “delgada”. En realidad, la niña expresa, al negarse a comer, su fragmentación interior agresor-víctima en la que su propia parte agresora, que está dissociada en su mente, quiere reprimir y apagar a su parte de víctima, representada por su cuerpo.

En un trauma del sistema de vinculación, los agresores y las víctimas son interdependientes. No ven ninguna posibilidad de terminar la relación agresor-víctima de una buena manera y permanecen atrapados en actitudes de agresor y de víctima.

Esto tiene como consecuencia que los agresores vivan con una mala conciencia de forma duradera que intentan rechazar y que las víctimas luchan contra fantasías de venganza secretas e impulsos de rabia reprimidos. Los comportamientos de agresor y de víctima son estrategias de supervivencia para poder permanecer en un sistema de relaciones destructivo y no tener que disolver de forma definitiva la relación. Ni los agresores ni las víctimas conocen una alternativa a esta forma de relación. Asumen la destructividad en sus relaciones porque temen, más que a cualquier otra cosa, no tener ninguna relación ni siquiera alguien con quien pelearse. Estar solo parece el mayor de los horrores.

La relación de agresor-víctima, que, en primer lugar, es una relación en el exterior, se establece, de este modo, como una fragmentación interior duradera en la psique de las personas implicadas. Todas ellas terminan teniendo estructuras de agresor y de víctima. Los agresores se sienten presionados por la existencia de sus víctimas y se sienten a sí mismos en el rol de víctima. Las víctimas desarrollan actitudes de agresor que expresan, si tienen la oportunidad, contra personas más débiles, ya que contra el agresor verdadero no ven ninguna posibilidad. Por este motivo, las fragmentaciones agresor-víctima se hallan en todas las personas que están implicadas en el sistema de vinculación destructivo. Estas fragmentaciones continúan a lo largo de generaciones de una familia o se extienden a los sistemas de vinculación mayores en los que vive esa familia porque no se está en condiciones de tener una vida autónoma estando en los roles de agresor o de víctima. Los agresores necesitan víctimas para su supervivencia y las víctimas, con sus estrategias de supervivencia, tienen una fijación con los agresores. En caso extremo, esto conduce a la guerra en una sociedad.

INVERSIÓN VÍCTIMA-AGRESOR

Los niños que son rechazados y maltratados por sus padres, en parte, incluso entregados o vendidos a conocidos para que abusen de ellos, tienen la autoestima socavada de forma sistemática. Se intenta destruir la conciencia que tienen de ellos mismos. Se quedan mudos, se sienten inútiles e incapaces porque sus padres los han hecho creer que no saben hacer nada, no saben nada y que son profundamente perversos. La autora del texto precedente escribe:

“No podría gritar. Me pegaba y abusaba sexualmente de mí hasta que me quedaba muda. Mi capacidad de adaptación consistía en decirle a él/ellos lo que querían oír. Que son maravillosos. Que me tienen que dar duro. Que soy una niña muy buena. Que soy una niña muy salvaje e indecente. Que me merezco que papá me haga daño. Y porque soy una niña muy mala, papá me tiene que hacer daño ahora de forma especial. Yo soy culpable y papá me vuelve a querer si me doy la vuelta. Y, entonces,

penetra mi ano. No podía llorar ni gritar, tenía que sonreír, sino la niña mala era violada analmente”.

Habitualmente, los agresores consiguen hacer creer a los niños que ellos son los malos y los agresores los verdaderos buenos. Por ese motivo, los niños se esfuerzan en ser buenos y hacen todo lo que los agresores les piden para ser considerados buenos. Por consiguiente, intentan adaptarse a los deseos y a las necesidades del agresor, adivinarlos anticipadamente y estar a su servicio, da igual a qué precio.

Los niños torturados sádicamente de esta forma tienen que fragmentarse internamente repetidas veces. Incluso en esta forma de atención perversa que le brinda el torturador, la parte superviviente del niño, que necesita simbióticamente la atención de su madre, ve la prueba del amor de este y se agarra a cualquier atención, por pequeña que sea, como a un clavo ardiendo.

Por consiguiente, estos niños desarrollan partes de su personalidad que tienen una mentalidad de esclavo. Admiran a sus amos y señores por lo poderosos y fuertes que son y por cómo se pueden mantener en la vida. En cambio, los niños no se atreven a nada y se sienten incondicionalmente dependientes de sus agresores. Quieren pertenecer al agresor y a la familia. No pertenecer, estar solo y sin familia lo sienten tan amenazante como las torturas físicas y psíquicas que tienen que soportar. El cuerpo, anestesiado hasta el extremo, es entregado a los agresores para el abuso sexual para apaciguarlos y para que, con ello, digan: “Sí, tú perteneces a nosotros”.

Una vez adultas, las niñas que sufrieron abusos sexuales mantienen a menudo esta actitud interior y buscan protectores fuertes en apariencia. Hacen todo lo que los hombres esperan y piden de ellas en relación al sexo. Se adaptan hasta el extremo y ocultan sus propias necesidades e intereses. Soportan violaciones y las aceptan como algo normal. Nunca ven la falta en el otro, que satisface desconsideradamente sus necesidades con ella, sino en ellas mismas. En sus estrategias de supervivencia de víctima no pueden distinguir una sexualidad normal y sana de formas de actividad sexual perversas, sádicas o masoquistas.